

El perro de Pasajes



En todas las lenguas, en todos los países y en todos los tiempos, ha sido enaltecida la nobleza del perro.

La poesía, la escultura y la pintura hallan también con frecuencia motivos de inspiración en las cualidades de este excelente amigo del hombre, y así, los artistas, se han valido del perro tomándolo como modelo aun para los asuntos más hermosos y expresivos.

Al perro, amigo de grandes y modestos, de altos y bajos, la sociedad en todas sus esferas le cede un puesto que cariñosamente sabe conservar el noble animal.

El perro del pescador, el perro del ciego, el perro del cazador, el perro del regimiento, el perro guardián, el perro del señor, del príncipe, del rey, en todas partes demuestra con vivas muestras de simpatía su afecto al hombre.

La pintura contemporánea española, sin extendernos á las escuelas extranjeras, ha representado al perro en cuadros históricos de gran valor artístico, entre los que recordamos el perro del Enano de pilacio, el del rey-monje y el del príncipe de Viana, obras las tres de primer orden de artistas de tan alto prestigio como Lizcano, Casado y Moreno Carbonero, respectivamente.

Y si pretendiéramos ampliar el asunto tendríamos que remontarnos, sin remedio, al perro del profeta, para terminar con el danés de Bismark y el de *La Huerta* de Cánovas del Castillo, etc.

Mentira parece que haya seres humanos que no sientan inclinación ni agradezcan las caricias del honrado animal; é increíble es también que se le envenene y que se le mate tan miserablemente y tan sin piedad por temor á la rabia.

Muchísimos de los toros que se corren en el infame y bárbaro es-

pectáculo que se llama *corrida*, mueren hidrófobos y, sin embargo, aquella misma carne rabiosa se expende al público.

Indudablemente hay temperamentos que gozan viendo matar sin más; el eminente filósofo y poeta inglés es cuando, fijándose en espíritus tan indignos exclamó las tan consabidas frases: «Cuanto más conozco á las personas más quiero á los perros».

Hace pocos veranos que en esta ciudad ocurrió un hecho que no es posible calificar.

Llegó el característico basco-francés con su simpático rebaño de cabras, en compañía del humilde perro que con tanto cuidado desempeñaba su cargo; pues señor, el pobre perro que componía parte principal de grupo tan encantador, que prestaba servicios tan necesarios á su dueño, fué de sorpresa inicuaamente envenenado en las mismas calles de esta cultísima capital.

En la historia del país basco figura el perro con singular estimación.

Lo muestra el canto más antiguo que en lengua bascongada se conoce: el canto de Altabizkar.

El ladrido del perro que repercutió sobre las cumbres de Roncesvalles, Altabizkar é Ibañeta, anunció fiel la presencia del invasor poderoso, despertó á la comarca, y al oportuno instinto del perro del Echecho Jauna, se debió que el extranjero sucumbiera al pie de los montes bascos.

En las dos guerras carlistas sucedieron entre los perros pertenecientes á dueños de ambos bandos escenas muy curiosas, pues, en ocasiones, demostraron los canes tener más talento que determinados soldados de uno y otro lado.

Y ahora viene el perro de Pasajes.

Lo que vamos á recordar ocurrió en una de las villas vecinas, el año 1850.

Se trata de un perro de aguas, al que su dueño le educó con todo esmero.

El animal, en cambio, le demostró continuamente entrañable cariño.

El dueño tuvo necesidad de trasladarse á Bilbao, y como conociera el perro los preparativos de viaje del amo, ni un instante perdía sus pasos, hasta que llega el momento de la despedida, y para que el hombre pudiera separarse del noble amigo, hubo necesidad de que se fingiera enfadado, amonestando al perro con estos términos: ¡Tira emendik! ¡Chokora! ¡Ea de aquí! ¡al rincón!).

El vecino de Pasajes tomó asiento en la diligencia y amenizada la carrera con el largo rosario, subido de color, del postillón, llegó al fin el coche á la capital de Bizcaya.

Bajó del vehículo nuestro hombre y cuál no sería su sorpresa, al ver á su perro, loco de contento, que acariciándole á la vez las manos, retorciéndose entre las piernas, lanzando chillidos de alegría, se deshacía en cariños.

El perro, desde Pasajes, había seguido toda la ruta de la diligencia.

Otra vez, el mismo señor tuvo que emprender un viaje á Ultramar, en buque de vapor.

La embarcación zarpó de Pasajes, despidiéndose el dueño del perro como en la ocasión anterior «¡Tira chokora!».

Pues nada; cuando el perro vió que el vapor avanzaba por el castillo de Santa Isabel, se lanza al agua, y allá va, nadando tras la nave, cinco millas mar adentro, hasta que perdió de vista al barco en que iba su amo.

A los tres días llegaba el noble perro á Pasajes, y cuando á los pocos meses regresó su amo, desde aquel día, jamás se separó un momento de su fiel y agradecido amigo.

Con justísima razón figura el perro, rodeado de grandeza, en tantos cuarteles de la heráldica bascongada.

FRANCISCO LÓPEZ ALÉN.

